

RELATO PARA EL ENCUENTRO CURIOSO 2019
TALLER Q Y G

“Versiones de la declinación paterna”

Eje: Lazos y síntomas actuales

Su eje: La autoridad en cuestión

Autores:

Bidondo, Natalia; Bogoshian, Natalí; Canosa, Julio; Dartiguelongue, Josefina
(comp.); Folgar, Santiago; Leicach, Darío; León, Natalia; Lopez, Bárbara; Marcocci, Lucas;
Perak, Micaela; Rodriguez, Santiago.

VERSIONES DE LA DECLINACIÓN PATERNA

La experiencia ya ha patentizado que este triángulo (edípico) no es más que la reducción al grupo natural efectuada por una evolución histórica, de una formación en la que la autoridad que se le ha dejado al padre - único rasgo que subsiste de su estructura original- se muestra, de hecho, cada vez más inestable. Caduca, incluso (...). (Lacan, 1950)

El Edipo sin embargo no podría conservar indefinidamente el estrellato en unas formas de sociedad donde se pierde cada vez más el sentido de la tragedia. (...) Todo enunciado de autoridad no tiene allí más garantía que su enunciación misma (...) Que el Padre pueda ser considerado como el representante original de esa autoridad de la Ley, es algo que exige especificar bajo qué modo privilegiado de presencia se sostiene más allá del sujeto que se ve arrastrado a ocupar realmente el lugar del Otro, a saber de la Madre. (Lacan, 1960)

INTRODUCCIÓN

A sabiendas que la autoridad no implica una concepción única y homogénea para el psicoanálisis, elegimos en el taller trabajar la autoridad en relación al padre, -o más precisamente, trabajar la declinación de la autoridad paterna- para interrogar, a partir de la discusión de casos clínicos, consecuencias clínicas que de ello se desprenden.

Hablar de declinación, cuando hablamos de autoridad paterna, no comporta en absoluto una novedad. Es Lacan quién desde el inicio mismo hasta el final de su enseñanza ubica no sólo a la autoridad en relación al padre, sino que lo hace bajo la rúbrica de su propia caducidad. Tal como se pone de manifiesto en los epígrafes.

Ahora bien, interrogar las relaciones entre el psicoanálisis, la autoridad paterna y lo social impone no sólo una caracterización de la época, sino el debate con uno de los principales movimientos políticos: el feminismo. Más allá de sus diferencias, un denominador común es la lucha contra el *patriarcado*, signifiante que ordena su retórica, designando aquello que combateⁱ. En efecto, se erige la acusación al padre tras la denuncia actual al patriarcado. Por lo tanto, en primer lugar, cabe volver a aclarar que cuando hablamos de “padre” para el psicoanálisis, nos encontramos en la antinomia del patriarcado. Es decir, no aludimos a la función de la opresión como hecho social, no consiste en una figura despótica, sostenida en el abuso de poder y el dominio sobre las mujeres, cuyo fundamento de potestad reside en la masculinidad. Muy por el contrario, el padre, para el psicoanálisis desde el comienzo hasta el final de la enseñanza de Lacan consiste en la función de la transmisión de la castración, de la fuerza impulsora de la vida, que habilita el deseo, que orienta al campo del Otro, al mundo, que posibilita la apropiación de un nombre, de tomar la palabra y que nos singulariza con un síntoma. Se trata de la función de un “existe uno que dice que no”, de la excepción que hace límite, de aquel impacto que pone en juego la ex-sistencia y lo imposible, sostenido en el decir materno. Es en esa función de excepción que se cifra la autoridad que le otorgamos a la función del padre en psicoanálisis, lo cual no supone confundir con autoritarismo, ni con el abuso de poder. Lacan en 1971 anunció el malentendido entre la “imagen patriarcal” y el abordaje lógico de la castraciónⁱⁱ.

DECLINACIÓN PATERNA Y DISCURSO CAPITALISTA

Ahora bien, más allá del patriarcado, en lo social cobra lugar la castración del padre. Sin embargo, la función del padre castrado, -el padre del Edipo, que sólo encarna desde su falla, desde su división, la función simbólica-, no es lo mismo que el padre decline en su función de transmitir la castración. El padre es la invención del neurótico y en relación a él estableció la fijación y la imposibilidad. Pero el sujeto hoy es alcanzado por una cultura que no le da el mismo estatuto al padre y a lo imposible. Lacan despeja y formaliza la función paterna, aunque no sin denunciar su relatividad histórica y cultural, entreviendo, y anunciando su declinación. En efecto, son múltiples las referencias de Lacan, según las formulaciones de cada momento de su enseñanza, donde avista el ocaso de la función paterna. Es decir, sitúa el declive de la función misma, no las fallas en su encarnadura, siempre presentes, por la distancia entre la función y el padre real. Desde el inicio de su transmisión, subraya que el padre sólo “culturalmente” alcanza el estatuto de “significante primordial” y literalmente anuncia la desaparición del complejo de Edipo en dos o tres generaciones. Indica, -a propósito de Juanito- la pasivización del padre en su palabra respecto a la transmisión de la ley para la “generación actual de las relaciones entre los sexos”. Sentencia que “el *e-pater* ya no nos impacta” en su función de excepción. Denuncia el punto de la historia donde el Nombre del padre se sustituye por la función del “nombrar para”, producción de la trama de tantas existencias con el signo de la “degeneración catastrófica”. Y finalmente arriba al cuestionamiento del Nombre del padre como Uno en el camino a la pluralización de los nombres del padre. Con esto, sin embargo, encontramos en su propuesta de 1972, en la formalización del discurso capitalista la exhortación más radical en situar la decadencia de la operatoria paterna -la forclusión de la castración- para pensar lo social y sus consecuencias clínicas.

Lacan plantea que es la incidencia que tiene la ciencia, asociada a la lógica del mercado, sobre el discurso del amo clásico lo que da lugar a una mutación que se instituye como discurso capitalista, introducido en Milán 1972ⁱⁱⁱ. En el discurso del amo, -discurso de inconsciente-, se trata del sujeto dividido entre significantes que lo marcan y determinan algún orden de saber, que da lugar tanto al saber del inconsciente como a la función de la falta. Es decir, se puede ubicar en la estructura del discurso del amo clásico la escritura lógica de la operatoria paterna, “la castración como el principio del significante amo” (Lacan, 1969-70,131) El S1 en tanto NP como significante amo, agente de la castración, que conforma el conjunto de significantes, cuyo efecto es el surgimiento del sujeto del inconsciente y su resto real, el objeto.^{iv} Ahora bien, en el discurso capitalista se escriben una serie de mutaciones claves que dan lugar a transformaciones subjetivas. Principalmente el cambio del $\$$ por el S1 en el lugar del agente, la inversión de la fecha de la columna izquierda y la ausencia de la doble barra que formaliza la eliminación de la condición de lo imposible señala la declinación de la

operatoria paterna en el tratamiento de la castración. “La mutación capitalista del discurso del amo es correlativa de la declinación del Nombre del Padre, significante que en el nivel del discurso de amo clásico vehiculizaba una función de autoridad (...)” (Soria, 2019,7). Destronado el S1 como NP de agente del discurso queda suspendida la articulación de la ley y el deseo, queda suspendida la operatividad del falo. Al desaparecer la doble barra de la imposibilidad, es decir, la castración y al cambiar la dirección de las flechas, el sujeto gira un circuito sin límite, donde el objeto nunca se pierde y por ende no deviene causa de deseo sino que se transforma en condensador de goce. El S1 en tanto nominación paterna pierde su función orientadora y deja al sujeto en la indefensión. La flecha que parte del objeto hacia el sujeto sin que medie la imposibilidad y la distribución de flechas que obliga a un circuito sin fin, deja al sujeto en el encuentro sin límite con el objeto. No hay distancia, no hay versión respecto de la posición del sujeto con el objeto. Inoperancia, ni más ni menos, del resorte del fantasma, que no sólo mediatiza, vela la relación al a, sino que, y por ello mismo, defiende de la angustia. Indefensión dado que aquel que es llamado a ubicarse en el lugar del Otro no se siente autorizado a encarnarlo y deja en cuestión el valor de la transmisión de las marcas. No sólo declinada la operatoria paterna del lugar de agente se pierde la función de orientación, usina de errancias para la subjetividad e imperativo de goce. Sino que implica también la destitución del sujeto dividido mismo, sujeto efecto del significante, cuya falta causaba el trabajo/del inconsciente. Se trata de un discurso que, -avizado también por el desvanecimiento de flecha del S al S2- rechaza el inconsciente, rechaza la relación al saber, prescinde de la relación al inconsciente intérprete. Se trata del imperio de un discurso que rechaza la relación al Otro.

Como contracara, se trata de un discurso comandado por un sujeto sostenido en la ilusión de dominio de lo real. Protagonica la dominancia de un sujeto-consumidor, es decir, un sujeto no habitado por la división sino por la carencia de goce que queda consumido en la lógica del mercado y su producción infinita de letosas.

En definitiva, concluye Lacan, se instaura un discurso que se funda en el rechazo de lo simbólico, rechazo de la castración y en el rechazo del amor que de ella se soporta^v.

VERSIONES DE LA DECLINACION

Por lo tanto, es necesario identificar los efectos de la prevalencia del discurso capitalista en lo social de la época. En este marco, entendemos que la declinación paterna que formaliza el discurso capitalista implica un campo vasto y heterogéneo de efectos. Efectos que van desde el declive de la operatividad de la función paterna hasta la “inexistencia” misma del NP^{vi}. Por lo tanto, en principio, en relación a la dimensión de la autoridad, distinguimos al menos tres modos en que se juega esta “autoridad en cuestión”, derivándose de ellos clínicas distintas:

Relevo: Hallamos casos donde los Otros parentales buscan el relevo respecto a encarnar la función de autoridad. Denunciándose impotentes para dar cuerpo a la función paterna, a la lógica de la excepción y al tratamiento de lo imposible, desplazan la función a otras figuras, donde también se escapa. Así, los padres buscan relevo en el maestro, del maestro al director, del director al pediatra, del pediatra al psicólogo, de ahí al neurólogo y vuelta... sin nombrar su síntoma, circulan niños “trastornados”. La dificultad del padre real para vehicular la dimensión simbólica de su función no es ninguna novedad, sí lo es su extensión ^{vii}.

Abdicación: Hallamos casos donde los Otros parentales lejos de ubicarse como “representantes” de la ley buscan un lugar de paridad respecto de sus hijos, destronando la inscripción de la diferencia, simbólica, del orden generacional. Posición “progresista” que no hace de la función de autoridad autorización, posibilidad inaugural, sino que la ubica como “violencia” contra el sujeto. Posición que no hace de las “marcas”, amor y deseo sino que se abstiene de dar..., identificación, deseo, nombre...bajo la pretendida ilusión de la autodeterminación y autoconfiguración. Posición que del lado de los Otros se acerca seguramente a lo que Lacan llamo “niño generalizado”. Se trata de “escapar al horror que implica la posibilidad de que alguien se autorice a encarnar la función paterna” (Soria, 2011,330). No sólo se renuncia a la función de autoridad, sino que se rechaza cualquier institución que aún las sostenga. Posición que da lugar, entre otras presentaciones, a la clínica de “niños amo”^{viii}.

Disolución: Ahora bien, difícil será encarnar una función, si ella no está. Hallamos casos donde la palabra de los padres no está revestida de autoridad. Desde el inicio hasta el final de su enseñanza Lacan aísla al padre como una función anclada a un orden simbólico determinado. Dice claramente del padre “En primer lugar, es preciso que esté fuera del sujeto, constituido como símbolo. Pues si no lo está, nadie podrá intervenir realmente en cuanto revestido de ese símbolo. Como intervendrá, es en cuanto personaje real revestido de ese símbolo. (...) es el portador de la ley, pero de derecho, mientras que de hecho interviene de otra forma. (...) En otras palabras, el padre en tanto que es culturalmente el portador de la ley, el padre en tanto que está investido del significante padre, interviene en el complejo de Edipo (...)” (Lacan, 1957-58, 193). Dice en 1970 que no hay acto del lado del padre sino en un ordenamiento significativo donde la ley se sitúe en él, donde “preexiste como función legisladora” (Lacan, 1969-70,133). E insiste en 1971 que el padre es el nombre que implica la ley y nunca es más que “referencial”. Ahora bien, esta referencia simbólica de la autoridad ya no es la égida en el discurso de la época. La imperante dilución del discurso del amo clásico implica la caducidad del Nombre del padre, “su pérdida de vigencia en la cultura”. Dice Soria: “Derogado el Nombre del Padre y perdida la función de autoridad, el sujeto no consigue autorizarse, habilitarse allí donde falta esa función en el orden simbólico” (Soria, 2019, 9). En ciertos casos encontramos que no hay palabra revestida de

legalidad, no hay discurso que encarne el símbolo, porque no hay símbolo. No hay función referencial que distinga a la palabra del Otro, de una palabra más, entre otras.

CASOS

Nos interrogamos, entonces, sobre los efectos clínicos de estas dimensiones de la declinación. Nuestro interés apuntó a indagar la incidencia del discurso capitalista sobre ciertas posiciones subjetivas contemporáneas. Es Fabián Schejtman quién, conceptualizando la incidencia de este discurso en relación a la prevalencia de los “nuevos síntomas”, ha formalizado los encadenamientos “Polireparados” en el marco de la clínica nodal (Schejtman,2013,303).

Por nuestra parte, hemos interrogado distintas presentaciones clínicas, que no se centran en la bulimia, anorexia y toxicomanías, “síntomas actuales” ya ampliamente considerados por la literatura psicoanalítica. Recortamos a continuación algunas de las viñetas clínicas. Trabajo del que resta, aún, considerar a la luz de la clínica de los nudos.

A. Angustia

L. tiene 16 años. Lloro constantemente. En las sesiones y por fuera de ellas. Su cuadro es de angustia. V. cuenta que se corta con un cutter, se angustia mucho y decide cortarse para aliviar su angustia. Está por perder el año escolar ya que no puede estudiar. Existe un episodio, que luego de varios encuentros se ubica como el momento en que comienza a aparecer la angustia. Una noche les dice a los padres que es “bisexual”. Los padres no dijeron nada. Al otro día en el colegio, angustiada, decide hablar con la psicopedagoga de la escuela y le pregunta si es “normal” que los padres no le respondan nada a sus hijos cuando les cuentan algo así. Esta escena es traída como ejemplo en varias sesiones, en particular en aquellos momentos en los que se pregunta sobre lo que “se debería esperar” de los padres, pregunta que insiste en los inicios del análisis. Se presentifica la sensación de no saber dónde ubicarse, qué esperar en determinadas situaciones. “Es “normal” que...?” Suele ser el comienzo de muchas de sus preguntas. Se la escucha desorientada y esta falta de orientación la angustia. Se siente perdida al no saber cómo debería actuar y sobre todo qué debería esperar de los demás. Frente a la pregunta por el silencio de los padres dice “cualquier cosa, pero que digan algo, lo que sea”. Respecto a su orientación sexual, nunca ha estado con una chica y en ese momento se “estaban conociendo” con un chico, quién hoy continúa siendo su novio. Esta elección no se presenta como algo angustiante para ella. En la entrevista con los padres, dicen que si L. quiere ir al psicólogo entonces ellos la van a acompañar en lo que sea necesario. Dicen que no le preguntaron el motivo en particular ya que consideraban que ella tendría sus razones para hacerlo. Acerca de aquel episodio, ambos dicen que en realidad les pareció que no había nada para decir, que si ella era bisexual estaba bien y que no tenían nada que opinar al respecto. Vale aclarar que ambos se ocupan mucho tanto de L. como de su hermana menor, y que se encuentran preocupados por el malestar de su hija. Consideran que no son muy intrusivos en la vida de sus hijas para darles libertad y que tampoco son demasiado exigentes para que no se sientan “perseguidas”. La madre pudo decir que tiene muchas dificultades para hablar sobre situaciones en las que entra en juego la sexualidad por lo que suele dejarle ese espacio al padre.

Ahora bien, ¿De qué angustia se trata? Esta angustia no es señal, señal del deseo, de la castración. Al contrario, por sus efectos, hallamos signos de una angustia masiva, tal como propone Lacan con los nudos, -la angustia como “avance de lo real sobre lo imaginario” -, es decir, invasión de lo real que pone en jaque el narcisismo. No se trata acá de la angustia frente al deseo del Otro, ni del sujeto enfrentado a su deseo. Tampoco de la reducción al a frente goce del Otro, ni de su caída encarnando la dimensión del resto. Ni bocado ni deshecho para el Otro. Ya Lacan amplía su concepción de la angustia relacionándola no sólo con el objeto a sino de forma más general con lo “real fuera de lo simbólico”. Define en La tercera a la angustia “A fin de cuentas, es el síntoma tipo de todo

acontecimiento de lo real". Ahora bien, ¿de qué real se trata en estos casos? Encontramos en la *Hilflosigkeit* considerada por Freud, es decir, en la categoría del desamparo una posible aproximación. Ahora, no aludimos al desamparo en cuanto a la figura del Otro, de la mano de la filosofía existencial. No se trata de la *derelicción* heideggeriana, es decir, del abandono del Otro.

Se trata del desamparo estrictamente al nivel de la función del significante y en relación al sujeto. El desamparo como la "ausencia de toda orientación del significante" (Miller, 2007, 31) "En efecto, una dimensión de la angustia es la falta de ciertos puntos de referencia" (Lacan, 1962-63, 72) Lacan retoma esta dimensión freudiana para la angustia y la define "(...) *el sujeto está sin recursos, hilflos*. La *Hilflosigkeit* -empleo el término de Freud- en francés se llama *détresse* (desamparo) del sujeto^{ix}" (Lacan, 1958-59, 26). "En la *Hilflosigkeit*, el desamparo, el sujeto está pura y simplemente trastornado, se ve desbordado por una situación que irrumpe y a la que no puede enfrentarse en modo alguno" (Lacan, 1960-61, 406). Lacan pone de relieve aquello que subraya Freud, el "desvalimiento psíquico". El factor determinante para Freud de la angustia automática es una situación traumática, es decir, "una situación de desvalimiento vivenciada" frente a una acumulación de excitación, sea de origen interno o externo, que no se puede tramitar^x. Ahora bien, es Freud quién resalta que, si bien la angustia producto del desvalimiento psíquico es propia período de la inmadurez del yo, esta situación de peligro y esta condición de angustia puede "pervivir" y "mover al yo a cierta reacción de angustia aún en épocas posteriores a aquellas en que habría sido adecuada" (Freud, 1926, 134). En este marco, la angustia es afecto de lo real, como efecto de una situación de desvalimiento, donde el sujeto está sin recursos frente a un exceso intramitable. Falta de recursos, desvalimiento simbólico del sujeto para abordar lo real del ser hablante. Miller dice "¿Cómo la clínica podría ser indiferente a esta vía que llamaríamos con el término freudiano *Hilflosigkeit* (El *Hilflosigkeit* capitalista, el desamparo organizado frente a los fundamentos del imperativo de rentabilidad)? Para abreviar, si la civilización antigua implicaba ocuparse del esclavo, la nuestra supone angustiar (...)" (Miller, 2005, 18) Tal como lo demuestra L. la angustia es inherente a lo real como imposible, a lo imposible de la relación sexual, inseparable del campo del no saber. Ahora bien, frente a ello es la nominación paterna (hasta ahora) la que otorga un lugar y un significado para el sujeto, que con su autoridad no impone, sino autoriza al sujeto a su elección, que articula la ley y el deseo y que orienta con significantes para que el *parletre* habite un mapa y no un desierto. La operatoria paterna fundada en el campo de lo simbólico es la condición del inconsciente que trabaja y que da lugar a la sujeción del sujeto al discurso del Otro y la alienación a los significantes que allí se inscriben.

Se trata de un caso, donde si bien es necesario esperar para concluir sobre algunos puntos, encontramos, por un lado, el avance de la angustia, y por el otro, padres que no logran transmitir una orientación en relación a la castración, por sus propias dificultades respecto de la sexualidad, que

intentan devaluar o prescindir de los S1, significantes identificatorios, orientadores para el campo del parletre.

Insoslayable la pregunta “¿Cómo se sostiene un significante amo en tiempos en los que el Otro no existe? La pregunta importa porque este significante de la identificación es el encargado de insertar al sujeto en el engranaje del discurso del Otro, y sería muy distinto encontrarlo flotando respecto de dicho discurso. (...) Y es que en este caso no sólo el sujeto flota en el discurso del Otro, sino que el propio discurso del Otro aparece fluctuante, pulverizado, fragmentario” dice Miller. (Miller, 2005, 39).

C. Soler también aísla el desamparo como condición de angustia respecto de la época cuando el discurso pierde consistencia^{xi}.

Los padres de L. parecen estar muy preocupados en no causarle ningún daño a través de algún tipo de imposición o restricción que ellos pudieran impartir. Ya sea por abdicar de su función, por su imposibilidad para encarnarla, lo que resalta en el discurso de L. es la falta de algún ordenador, de alguna brújula que le permita orientarse en el mundo. Su angustia frente la ausencia de palabra investida de autoridad, desencadenada aquella noche que habla con los padres, no vale sino porque actualiza estructuralmente la ausencia de discurso, de un S1 que dé lugar- en vez de rechazar la castración- y con ello una elección.

La angustia como efecto del desamparo simbólico -propiciado por la declinación paterna y encarnado en el discurso de la época-, que vuelve peligro real, exceso intramitable, a la situación de la que se trate y que evoca lo inerte de aquella angustia primordial, parecería ponerse de manifiesto como consecuencia clínica actual.

B. Abulia

La madre de M. consulta preocupada, su hijo de 16 años, “no despegá.” M. es muy retraído y carente de intereses. No tiene amigos, no realiza actividades, salvo jugar con su celular. Con su padre, que ha formado otra familia, mantiene un contacto episódico y tenso. Si bien siempre fue desganado, el año pasado dejó de ir al colegio. M. responde a todas las preguntas con frases breves o monosílabos. Refiere no tener ganas de ir al colegio porque no le gusta estudiar. A su padre no quiere verlo porque siempre lo hace trabajar en un arreglo de su nueva casa y esto le molesta. Se muestra desinteresado en establecer vínculos amistosos o sentimentales. Frente a la pregunta por su ánimo, suele responder con un lacónico “no sé” o simplemente se encoge de hombros. Todo le aburre. Y las sesiones se vuelven aburridas también, pero asiste por la gran insistencia de su madre. M. no quiere nada. Siempre conectado a un objeto, los juegos del celular, su único pasatiempo constante, son juegos solitarios, sin interacción con otros jugadores. M. tiene desinterés por vincularse con pares, entablar amistad, estudiar o trabajar. Sin embargo, se trata de desinterés, no desafección, como se pone en evidencia en relación a su padre y a su madre, que sumado a otros indicios clínicos desalientan el diagnóstico de psicosis. Frente a la ausencia de discurso y sostenido por su habilidad para los juegos, el analista propone un juego de cartas. El analista se muestra interesado en el juego compartido, “anota” los resultados en cada sesión, arma una suerte de torneo, al punto de extender un poco más alguna sesión para terminar algún que otro partido definitorio. M pasa de acompañar de un modo pasivo a “engancharse” en la dinámica. De la mano de esto, sorpresivamente M. comienza a hablar sobre su padre, a quejarse de cómo solo lo convoca para arreglar algo, para trabajar. Una intervención apunta directamente al decir del padre sobre que “trabaje”, al tiempo que orienta a la falla del padre. A partir de esto, aparece una dimensión del deseo, del padre y de M. M. llega a decir “Mi papá quiere que trabaje para que haga algo”. M. no sólo vuelve a ir al colegio y sino que arma vínculos con amigos.

Aunque en el caso de este adolescente también es necesario cierto devenir para dar lugar y ubicar ciertas cuestiones clínicas, es posible precisar ciertas posiciones. No se trata en este caso de un

deseo insatisfecho, vuelto imposible, impotentizado, ni prevenido. M. lejos está de producir una inhibición respecto del deseo, no salta a la zaga la cobardía moral, la renuncia del deseo frente al goce, dimitiendo a reconocerse en el inconsciente. Pareciera, al contrario, que el deseo directamente no es puesto en juego, ausente, ¿en suspenso? Su madre realiza la consulta porque M está deprimido”.

C. Soler aborda el tema de la “depresión” refutando su entidad conceptual, proponiendo, en cambio, los “estados depresivos”, caracterizados por la “*pérdida* del interés o de capacidad”, ubicando la “reducción del deseo”, la “deflación” del deseo, el “desfallecimiento del poder de la pura pérdida”, bajo una hipótesis clínica específica: “suspenso de la causa del deseo (Soler,2002, 51)”^{xii}.

Si la castración funda el poder deseante, la depresión no es producida por la castración, sino por la solución que el sujeto le aporta. Ahora bien, M. no *perdió* las ganas, el interés, al contrario, parece que nunca lo tuvo. Acaso en este caso, pueda pensarse que la lógica de la suspensión de la causa del deseo, alcance hasta a la inoperatividad misma de la función de causa, ¿inoperatividad de la castración?, que impide el movimiento vital mismo, la interacción con los otros, la libidinización de los objetos, el interés en el mundo. Más que la detención, interrupción o desfallecimiento de la función - que parte del supuesto de su operatividad inicial-. Puede suponerse una inoperatividad que no implica la ausencia de inscripción de la lógica falo-castración, y supone, -solidario a la hipótesis de la suspensión-, que alguna intervención puede ponerla en función. A M. no le importa nada, nada le atrae del campo de Otro. Sin el deseo operando (y no por ello el agujero forclusivo) queda la abulia como sesgo. Es posible que el “rechazo de la castración” que promulga el discurso de la época no incida sólo como una posición sobre la castración, no sea sólo una obturación, sino que incida sobre su operatividad misma. Pero que, sin embargo, todavía, el discurso del analista esté en condiciones de operativizar. No se trata para M. de una posición frente a la falla del padre, sino más bien de la ausencia misma, no la ausencia de falla por presentarse Otro consistente, sino la ausencia de transmisión de la operatividad de la castración. Declinación a nivel del decir, acaso, no sólo de “el no que dice el padre”, sino de la “traducción” -no proposicional- que lo soporta^{xiii}. No opera el “no lógico” sino es por su traducción que lo habilita como castración y causa deseo. Y es justamente, una operación desde el deseo -del analista-, una traducción, la que pone en función algún movimiento deseante que no sea su estar inerte y consumido en el objeto.

C. *Pulsión de muerte*

Por último, trabajamos sobre casos, -que dada la extensión del trabajo no llegamos a presentar- caracterizados por el imperio de un superyó hiperintenso, que se presenta sin velo y sin compromiso, aunque no por ello en lo real. Casos signados por el influjo del superyó bajo la rúbrica de la crítica, la culpa, la humillación, el padecer y el castigo. Sujetos a merced de la hostilidad, de la crueldad de esta voz áfona, que se exterioriza tanto en intervenciones en el cuerpo -cutting, branding- cuya función reside en el dolor y la herida, alivio a culpa muda que la invade, como en repetidos intento de suicidio, donde protagónica es la pulsión de muerte.

¿Por qué en ciertas presentaciones encontramos este imperio del superyó, esta prevalencia de la pulsión de muerte? Declinada la función paterna emerge el superyó feroz. Cabe el supuesto que en la medida que declina la operatoria paterna en su dimensión de regulación del goce autoerótico, no sólo hay un resto, sino que da lugar al avance de esta dimensión pulsional más allá del principio del placer, el superyó, en tanto “cultivo puro de la pulsión de muerte”. Queda abierta, así, la palestra al dominio y al “resalto” de la pulsión de muerte, sin mezcla, sin compromiso, con Eros en silencio. Cabría interrogar, en este punto, por lo tanto, la caída de la eficacia del falo, -entre sus múltiples funciones, estrictamente en su función como “significante de la vida”, ligado a Eros, inherente a la “juntura más íntima con el sentimiento de la vida”, de lo que “presenta de la vida, en la forma de turgencia y empuje”, tal vez-, como responsable de esta destrucción. Degradación del padre que permite al superyó, -con su culpa, deber, castigo- hace existir al Otro, bajo el signo de la crueldad-.

CONCLUSIONES

Existen distintas dimisiones de la autoridad y existen diferentes dimensiones de la declinación paterna, que es necesario precisar. No es lo mismo si lo que prevalece es la ausencia de la función de los significantes amo en el discurso, si es la declinación de la traducción-operación de la castración que da lugar a la causa de deseo o si es el desfallecimiento de la función paterna como límite al superyó. Dimensiones inherentes todas, claro está, al imperio del discurso capitalista. En efecto, el discurso capitalista marcha. Sin embargo, no tan bien. Lo real retorna: angustia, abulia, pulsión de muerte. Ya Lacan advertía en “La Tercera” que lo real puede muy bien “desbocarse” y sea “misión” del analista “hacerle la contra”. Lo que va en “contra” del rechazo de la castración es precisamente el discurso analítico y el deseo del analista, como tal. Con ello, una oportunidad, cada vez, frente a lo real.

ⁱ Otra de las consecuencias interesantes del discurso del feminismo es poner en la cuenta del “patriarcado” al capitalismo, sin considerar sus diferencias. Cuestión que nos permite interrogarnos si vivimos en una sociedad patriarcal o post-patriarcal. Por su parte, Marx parece oponer patriarcado y capitalismo al ubicar la conmoción que este último supuso para el modo de organización social patriarcal y la ruptura de los lazos sociales previos que acarrió. Así, señala en 1848 que "Dondequiera que (la burguesía) se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus superiores naturales y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas (...) Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación (...) Las relaciones inmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profanado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás". En el mismo sentido, Cinzia Arruzza propone que definir al "patriarcado" como un sistema de dominación y explotación de mujeres por parte de hombres plantea un problema para compatibilizarlo con el capitalismo ya que en este la explotación se entiende como expropiación de la plusvalía. Las mujeres no constituyen una clase en sí y aunque la desigualdad de género exista no constituye un antagonismo de clase. Es en la sociedad feudal donde las relaciones de producción se organizan desde el patriarcado pero en las sociedades capitalistas, las relaciones patriarcales no organizan directamente la producción aunque incidan en la división del trabajo. Esto implica que debido al carácter específico del modo en que la acumulación capitalista funciona tendiendo a la universalización, a la totalización, transformación e integración de las relaciones sociales, las bases materiales del patriarcado han sido erosionadas y, si bien la opresión de género es anterior al capitalismo, en el interior de la sociedad capitalista la opresión hacia la mujer y las relaciones de poder cobran una forma propia que puede pasar desapercibida en un análisis transhistórico y abstracto.

ⁱⁱ Lacan dice: “El mito de edípico incomoda porque aparentemente instaura la primacía del padre que sería una especie de imagen patriarcal. Me gustaría mostrarles por qué, por lo menos a mí no me parece en absoluto una imagen patriarcal, muy lejos de eso. Nos muestra cómo podría delimitarse la castración con un abordaje lógico, y de un modo que designaré como numeral. El padre está no sólo castrado, sino precisamente castrado hasta el punto de no ser más que un número! (Lacan,1971,160)

ⁱⁱⁱ Estrictamente, la incidencia que tiene la ciencia sobre el discurso del amo antiguo da origen a una mutación que en primer lugar Lacan formaliza como discurso universitario. El amo, -mediado la operación de la filosofía-, se apropia del saber del esclavo. Y será, en adelante, el saber de la ciencia el lugar de dominante de este discurso. Lacan llama “mutación capitalista” a este cambio que da lugar al discurso universitario. Más adelante Lacan formaliza la mutación del discurso del amo como “discurso capitalista”, donde se intrincan de manera decisiva la producción de la ciencia -letosas- y la operación del mercado.

^{iv} Miller dice en El Otro que no existe sobre el discurso capitalista: “Mientras que como recuerda Lacan el Nombre del Padre es el significante amo según la tradición (...). La sustitución del S1 anuncia que el Nombre del Padre no es más que un significante entre otros (...). Por eso Lacan proponía escribir como significante amo del discurso capitalista al sujeto barrado mismo. Proponía para dicho discurso que, de hecho, no había más significante amo que la propia vacuidad del sujeto, su propio culto de su propia autenticidad, su propio desarrollo, su propia expansión, su autorreferencia, y con el correspondiente deber de vivir y gozar” (Miller,2005, 38). Dimensión también subrayada por Nieves Soria (Soria, 2011, 390).

^v Lacan dice: “Lo que distingue al discurso capitalista es eso: la Verwerfung, el rechazo, el rechazo fuera de todos los campos de lo Simbólico, con lo que ya dije que tiene como consecuencia. El rechazo de qué? De la castración. Todo orden, todo discurso que se entronca en el capitalismo, deja de lado lo que llamamos simplemente las cosas del amor” (Lacan,1971-1972, 61)

^{vi} Tesis propuesta por N. Soria en su Seminario “La inexistencia del NP” en el año 2017, inédito.

^{vii} Es el ámbito escolar un lugar privilegiado donde encontramos que esta dimensión y sus efectos se ponen de manifiesto. Puesta en cuestión la autoridad, la concepción de la infancia y la función de la escuela han mutado. Las figuras clásicas de la autoridad quedaron desplazadas y en su lugar la ciencia hace semblante de certeza. La ciencia transgrede los límites, y así la falla, todo lo que constituye al sujeto como portador de una falta, parece quedar elidido. Por lo tanto, frente a problemas de la infancia, se ha instalado una concepción neurobiológica que tiene al cerebro, y no al niño, como único protagonista. Sin la autoridad ya para “nombrar” un síntoma, nos encontramos con “trastornos sin sujeto”. Vemos proliferar cada vez con mayor intensidad, la circulación de diagnósticos tales como ADD (Desorden por Déficit Atencional), TDHA (Trastorno por Déficit de Atención e Hiperactividad), DISLEXIA, TGD, DEA (Dificultades Específicas del Aprendizaje), TOD (Trastorno Oposicionista Desafiante), TEA (Trastorno del Espectro Autista). Actualmente, pediatras, psicólogos, maestros, psiquiatras y neurólogos, designan manifestaciones de la infancia con estos diagnósticos, basados en una clasificación de signos estandarizados, que desdeñan la historia y, sobre todo, que orientan a terapéuticas que buscan su adaptación. Es decir, correlativo a esto, el Estado garante perdió su autoridad y cedió su sitio a la lógica

del “Mercado” y al predominio de las relaciones que éste impulsa. En esta época, lo que se desvía de lo esperable, lo que no se adecúa, lo que no es eficiente, en fin, lo que no funciona acorde a mandatos de rendimiento, es un trastorno. La infancia pierde su carácter de atravesamiento, de construcción subjetiva. Se ponen en marcha los engranajes y masivamente se expenden “Certificados de discapacidad”, para que la obra social solvente la APND (asistente pedagógica no docente), la “integración”, muleta de la declinación paterna? Se “discapacitan” infancias y se intensifica su medicalización. Sin que alguien diga que no y nombre un síntoma. Operación que distorsiona la infancia e impera en la vida adulta. La clínica organizada por el fármaco. Entendida entonces como ese plus que se debe consumir para continuar sosteniendo lo imparabile de “la productividad”. Los diagnósticos están dados a partir de los efectos que producen los psicofármacos. El fármaco viene a corregir lo que falla, lo que hace menos productiva a la persona.

^{viii} Véase “Los niños amos” de Adela Fryd. También Recalcati alude a este tema en “El complejo de Telémaco”.

^{ix} Y no sólo frente al deseo del Otro, agregamos

^x Dice “La angustia es la reacción originaria frente al desvalimiento en el trauma, que más tarde es reproducida como señal de socorro en la situación de peligro” (Freud, 1926, 156).

^{xi} C. Soler dice a propósito del aumento de la angustia “El desamparo se define de manera siguiente “hay desamparo cuando el sujeto se encuentra confrontado a una cantidad de excitación y que no tiene la fuerzas para soportarla o canalizarla”. Aquí la definición tiene dos pies: por un lado la cantidad de excitación, y del otro las capacidades del sujeto de soportar o de elaborar una excitación excesiva” (...) “Cuando el discurso pierde consistencia, cuando la pantalla se agujerea, (...) yo fabriqué otro juego de palabras, que es *trop-matisme*, *trop* significa exceso. Es decir, el traumatismo por vía de no de un agujero, sino por vía de un exceso” (conferencia trauma).

En otro texto señala: “Los siglos han conocido una angustia amarrada a otro consistente: el Dios de la palabra que decía su voluntad. Este Otro ya no existe, lo que no es una novedad puesto que el discurso que lo sustentaba ha cambiado. La angustia del hombre de hoy en día -un hoy en día que empieza a durar más, que se dice moderno, post- o neo-moderno- es la angustia del hombre que ha perdido al Dios de la palabra, o que sabe que es Otro no existe” (los afectos lacanianos 40)

^{xii} Tesis que C. Soler también sostiene en su artículo “Y, efectivamente, en la tesis de Lacan, no se trata de decir que la vida no tiene sentido, sino que tiene un solo sentido, que es el sentido del deseo. Entonces creo que he dicho ya que hay una fórmula única posible de las diversas formas de trastornos depresivos, fórmula única que lo digo así: suspensión del deseo, el deseo que permite conectarse con los objetos del mundo, a nivel del trabajo o del amor -como decía Freud- los dos. (...= Y el valor de los objetos se construye ¿cómo?. Se construye vía el discurso común pero también viene del discurso de Inconsciente, donde a veces, viene el discurso del Padre, a veces”. (Soler, C.,) libro Naty

^{xiii} “Sencillamente, allí está indicado que el amor tiene que ver con lo que aislé bajo el título de Nombre del Padre. Es muy extraño. El nombre del padre al que antes aludí irónicamente, cuando dije que tendría relación con la antigüedad de la familia, ¿Qué puede ser? ¿Qué es lo que el Edipo, el susodicho Edipo, nos enseña de esto? (...) quisiera mostrarles como se amoneda ese nombre, ese nombre que en pocos casos no vemos al menos reprimido. Para llevar ese nombre no basta que aquello en lo que se encarna el Otro, aquella en quién el Otro se encarna -no hace más que encarnarse- encarna la voz -a saber, la madre, la madre habla, la madre por la cual la palabra se transmite, la madre hay que decirlo es reducida a traducir ese nombre (nom) por un no (non .n,o,n) justamente, “el no” que dice el padre (...) ¿no se siente acaso que hay una abertura de ese no lógico al decir no? Al decir-no proposicional, diría yo, para soportarlo. (...) ese Nombre del Padre que sólo es no a nivel del decir, y que se amoneda por la voz de la madre en el decir no de cierto número de prohibiciones; esto en el caso, en el feliz caso, aquél donde la madre quiere, con su pequeña cabeza, proferir algunos cabeceos” (Lacan,1973-74, 125-126)

BIBLIOGRAFIA

- Arruzza, C (2014) Reflexiones sobre el género ¿Cuál es la relación entre capitalismo y patriarcado? Se reabre el debate, traducción al español disponible en <http://www.sinpermiso.info/textos/reflexiones-sobre-el-genero-cual-es-la-relacion-entre-el-patriarcado-y-el-capitalismo-se-reabre-el>
- Barros, M. (2014) Intervención sobre el Nombre del Padre. Buenos Aires, Grama ediciones, 2014
- Freud, S. (1923) "El yo y el ello". En *Obras completas*. Tomo XIX, Amorrortu, Buenos Aires, 1992
- Freud, S. (1926) "Inhibición, síntoma y angustia". En *Obras completas*. Tomo XX, Amorrortu, Buenos Aires, 1992
- Fryd, A. (2018) *Los niños amo*, Grama, Buenos Aires, 2018.
- Lacan, J., (1950) "Introducción teórica a las funciones del psicoanálisis en criminología". En *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1984
- Lacan, J. (1955-56) *El Seminario. Libro 3: Las Psicosis*, Paidós, Buenos Aires, 1995
- Lacan, J. (1956-57) *El Seminario. Libro 4: La relación de objeto*, Paidós, Buenos Aires, 1994.
- Lacan, J. (1957-58) *El Seminario. Libro 5: Las formaciones del inconsciente*, Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Lacan, J. (1958-59) *El Seminario. Libro 6: El deseo y su interpretación*, Paidós, Buenos Aires, 2015.
- Lacan, J., (1960) "Subversión del sujeto y dialéctica del deseo en el inconsciente freudiano". En *Escritos 2*, Siglo Veintiuno editores, México, 1984
- Lacan, J. (1960-61) *El Seminario. Libro 8: La transferencia*, Paidós, Buenos Aires, 2008.
- Lacan, J. (1962-63) *El Seminario. Libro 10: La angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J. (1969-70) *El Seminario. Libro 17: El reverso del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 1992.
- Lacan, J. (1971) *El Seminario. Libro 18: De un discurso que no fuera del semblante*, Paidós, Buenos Aires, 2009.
- Lacan, J. (1971-72) *Hablo a las paredes*, Paidós, Buenos Aires, 2012.
- Lacan, J. (1972) Conferencia en la Universidad de Milán: Del Discurso Psicoanalítico, 12-5-1972, *En Italie Lacan*, Milán, La Salamandra, 1978.
- Lacan, J. (1973-74) *El Seminario. Libro 21: Los no incautos yerran*, inédito.
- Lacan, J. (1974) "La Tercera". En *Intervenciones y textos 2*, Manantial, Buenos Aires, 2001.

Marx, K. Y Engels, F. (1846) *La Ideología Alemana*. Barcelona, Coediciones: Ediciones Pueblos Unidos, Montevideo y Ediciones Grijalbo S. A., 1974

Miller, J. A., (1997) *El Otro que no existe y sus comités de ética*, Paidós, Buenos Aires, 2006.

Miller, J. A., (2003-04) *La angustia lacaniana*, Paidós, Buenos Aires, 2007.

Miller, J. A., (2009) *Desarraigados*, Paidós, Buenos Aires, 2016.

Recalcati, M. (2013) *El complejo de Telémaco. Padres e hijos tras el ocaso del progenitor*. Barcelona, Anagrama, 2014.

Recalcati, M. (2011) *¿Qué queda del padre? La paternidad en la época hipermoderna*. Barcelona, Xoroi Edicions, 2015.

Schejtman, F. (2013) *Sinthome. Ensayos de Clínica Psicoanalítica Nodal*, Grama, Buenos Aires, 2013

Soler, C. (1998) *El trauma*, inédito

Soler, C., (2002), "Un plus de melancolía" en *Hojas Clínicas 5*, JVE ediciones, Bs As.

Soler, C. (2007) "Declinación de la angustia según las estructuras clínicas y los discursos". En *¿Qué se espera del psicoanálisis y los psicoanalistas?*, Letra Viva, Buenos Aires, 2007

Soler, C., (2009), "Los trastornos del ánimo ¿tienen un sentido?" En *Aún. Publicación de psicoanálisis*, Farp, Num 2, Dorrego Ediciones, 2009.

Soria, N. (2011) *Nudos del amor*, Serie del bucle, Buenos Aires, 2011.

Soria, N. (2019) *Síntomas del discurso capitalista*, inédito.